

# VICENTE ALEIXANDRE DESDE LA PASIÓN A LA MEDITACIÓN

**A**L conceder el Premio Nobel de Literatura de este año a Vicente Aleixandre, la Academia sueca ha declarado que lo ha hecho "por su obra creadora enraizada en la tradición de la lírica española y en las modernas corrientes, e iluminadora de la condición del hombre en el cosmos y en la necesidad de la hora presente". Es una buena síntesis del inmenso y complejo mundo poético de Aleixandre, que suma tradición y modernidad, que aspira a la unidad y a la claridad, pero que es diverso y sombrío a veces —junto al paraíso, su sombra—, junto a la visión pura la atormentada. Si la vanguardia —el surrealismo, el irrealismo— influyó en él de modo decisivo —ahí están *Pasión de la tierra*, *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor* para demostrarlo—, su generación, en la que se sentía plenamente integrado, no renegó nunca de la mejor tradición de nuestra lírica, que va de Garcilaso a Bécquer, de Góngora a Antonio Machado. "Nuestra generación —ha declarado recientemente— no fue nunca paricida". Aleixandre se adhirió al gran homenaje a Góngora que realizaron sus compañeros del 27, colaborando en el número homenaje a don Luis que publicó la revista malagueña "Litoral". Y en "Carmen", la revista que dirigía Gerardo Diego, no falta un poema de Aleixandre —un admirable soneto— en el número consagrado a Fray Luis de León. Los poetas del 27, y Aleixandre entre ellos, asumieron, pues, la mejor tradición de nuestras letras, desde el Cancionero anónimo hasta el 98. El autor de *Sombra del paraíso* ha confesado siempre su pasión por Galdós y Valle-Inclán, y lo que debe a Antonio Machado y a Juan Ramón, pero también a los románticos alemanes —Novalis a la cabeza—, y a los simbolistas franceses, Rimbaud especialmente; a Proust y a Joyce, sin olvidar a Lautréamont y a los surrealistas. Pero la savia que alimenta y ayuda a crecer un árbol poético no se nutre sólo de la poesía anterior, sino de la Naturaleza que le rodea. Aleixandre, aunque ha vivido casi toda su existencia en Castilla, en Madrid y los veranos en Miraflores de la Sierra, —cuyo paisaje es el paisaje de *La destrucción o el amor* y de tantos otros libros suyos—, se ha sentido siempre andaluz y mediterráneo, y más malagueño que sevillano, aunque haya nacido —por casualidad— en Sevilla. Sus primeros recuerdos infantiles fueron malagueños, y el mar de Málaga fue el primero que co-

noció, quedando grabado en su pupila y en su piel. Allí, en Málaga, en 1929, tuvo lugar el primer encuentro con dos de sus compañeros de generación: Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, directores de la revista "Litoral", que publicó en 1928 su primer libro, *Ambito*. Lo que Málaga, la "ciudad del paraíso", como habría de llamarla más tarde, supuso para Aleixandre y su poesía lo ha confesado el autor de *Sombra del paraíso* con estas palabras: "El poeta, por un azar de su vida, abandonó Málaga en años tempranos; pero en esa edad imborrable, Málaga, sus costas, y su cielo y espumas, y su profundo aura indefinible, fueron haciéndose existencia del poeta, masa misma de su vivir, y nadie como él lo sabía cuando años más tarde interiormente descubría, bajo una luz familiar, todo el paisaje inmerso del paraíso". Y esos recuerdos de claridad marina, de sol radiante, iban a revivir en meses trágicos, recién terminada la guerra civil, en que Aleixandre, enfermo, aún con la herida del asesinato de Federico García Lorca, su entrañable amigo, y la pena de saber a Miguel Hernández, otro de sus mejores amigos, en la cárcel, convalecía en Miraflores de la Sierra y empezaba a escribir un nuevo libro. En una carta que me escribió en el verano de 1939 desde Miraflores, me decía estas palabras: "Cuando pienso en el título del libro en que ahora trabajo, creo que le llamaré *Sombra del Paraíso*. Y bien sé que la sangre que lo regará vendrá de esa tierra castellana en que habito; aunque su cielo luminoso y su fulgor —si alguno tiene— serán los de esta ciudad, Málaga, en la que nací a la luz y que recuerdo". Y en otro lugar, el prólogo a sus *Poemas paradisiacos*, escribe: "*Sombra del paraíso* es el libro mío que más debe a Málaga. Sin esa ciudad, sin esa ribera andaluza donde transcurrió toda mi niñez, y cuya luz había de quedarse en mis pupilas indeleble, ese libro, que por tantas razones bien puede llamarse mediterráneo, no hubiera existido". ¿Simboliza acaso *Sombra del paraíso* el mundo de la infancia del poeta, en esa ciudad de Málaga nunca olvidada? ¿O el reino de la juventud, del que, cuando escribe su libro en plena madurez, ya se halla alejado? Tal parece deducirse de una carta a Dámaso Alonso, escrita durante el proceso de creación de *Sombra*, en 1939. En ella le dice: "Estos poemas son visiones de aquel paraíso a que yo llamo juventud, pero que trasciende de

JOSE LUIS CANO

una juventud personal para ser como la juventud del mundo. Y por eso yo siento que ese cántico mío no celebra lo que me rodea hoy, sino el mundo para el que nací y en que no me hallo". Pero aquí no acaban las interpretaciones del sentido de ese libro, de su más profunda significación. Leopoldo de Luis ha querido ver en él un libro del exilio interior, en que las sombras —opresión y represión en aquellos años de la primera posguerra— dominan más que las luces (1). Por su parte, Carlos Bousoño, en su libro sobre el poeta (2), contempla *Sombra del paraíso* como una creación visionaria, irreal, como una sublimación del deseo del poeta de vivir un mundo virginal puro, en el que la belleza y la luz reinen.

En todo caso el lector de esos poemas paradisiacos comprueba lo que el propio Aleixandre ha dicho alguna vez: que su poesía es

(1) En el prólogo a su edición de *Sombra del paraíso*, Clásicos Castalia, Madrid, 1976.

(2) *La poesía de Vicente Aleixandre*, Gredos, Madrid, 1956.



Aleixandre con Altolaguirre, a su derecha; José Luis Cano y Carlos Bousoño a su izquierda.

una aspiración hacia la luz, hacia la claridad. En ese largo camino hacia la luz, *Pasión de la tierra*, el libro de poemas en prosa que Aleixandre escribe en los años 1928 y 1929, y que no fue publicado hasta 1935 en Méjico, significa una brusca ruptura con el primer libro del poeta, *Ambito*, aparecido en 1928. Al orden estrófico y a la forma tradicional de *Ambito* —que representaba una contribución a la corriente, entonces en boga, de la poesía pura— sucede un cambio revolucionario: no sólo porque Aleixandre escoge la más libre y desembarazada de las formas poéticas, el poema en prosa, sino porque por primera vez irrumpe en su poesía la expresión irracionalista que la hace afín al surrealismo. "Poesía en estado naciente" ha definido Aleixandre la de ese libro. Y tras la definición, una confesión reveladora: lo mucho que debe *Pasión de la tierra* a la lectura de Freud, cuyos libros, que conocieron una temprana versión castellana, leyó Aleixandre en 1928. En esos poemas "en libertad" se muestra ya, aunque en estado latente, en ebullición, lo que domina en toda la primera época de la lírica aleixandrina: la defensa de lo elemental, de lo puro, de lo desnudo, y la protesta contra lo artificial, lo falso, los muros, vestiduras y limitaciones que imponen al nombre la sociedad y la civilización. Hay en esos poemas un caos de fuerzas elementales, oscuras, en las que el hombre quiere abrirse a una claridad, a una luz, a una unidad armoniosa.

Esas fuerzas cósmicas, telúricas, se hacen más visibles y pujantes en los dos libros siguientes,



El Nobel con Jorge Guillén y Claudio Guillén.

Epasdas como labios y La destrucción o el amor, este último Premio Nacional de Literatura en 1934, en los que el poeta canta la unidad amorosa del mundo, el afán de integración de las fuerzas elementales de la naturaleza, y del hombre con lo que le rodea; la tierra, el mar, la montaña, los cuerpos. Se ha hablado con razón del panteísmo erótico que caracteriza a esta primera época de Aleixandre. Como ha visto muy bien Gimferrer (3), no es la luz del espíritu, sino la reivindicación de la materia, de los cuerpos como sustancia dinámica amorosa, como fuerza erótica que rompe las barreras, la verdadera raíz de esa unidad amorosa del mundo que el poeta canta. Tan lejos de la fusión amorosa de los poetas místicos. De aquí la abundancia en esos libros, y también en *Sombra del paraíso*, de un lenguaje amoroso rico en imágenes cósmicas y telúricas, de solidaridad integradora con la vida animal, mineral y vegetal. Y junto con este erotismo cósmico habría que señalar la concepción aleixandrina del amor como pasión que abre y destruye, tan visible en su gran libro *La destrucción o el amor*, a propósito del cual habló Dámaso Alonso, al publicarse el libro, de poesía neorromántica, por su tono apasionado y ardoroso. Como para otro gran poeta romántico, Leopardi, que hace siglo y medio llamaba hermanos al amor y a la muerte, también para Aleixandre amor y muerte son inseparables. Amor es destrucción, nos dice el poeta, amor es muerte.

Si la primera fase de la poesía aleixandrina se cierra con *Sombra del paraíso*, libro al que me referí

(3) En su introducción a la *Antología total*, de Aleixandre, Seix Barral, Barcelona, 1976.

antes, la segunda se abre, en 1954, con *Historia del corazón*, que sigue siendo mi libro preferido entre los diez o doce que ha publicado Aleixandre. Al panteísmo erótico, a la visión de un universo que busca integrarse amoro-



Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Federico García Lorca en esta foto ya histórica.

samente, va a suceder un nuevo tema central: el vivir humano como drama y como compañía, como historia, en fin, de una pasión amorosa individualizada, y de la experiencia y el destino de un pueblo: el de España. *Historia del corazón* es la historia de un hombre —el poeta— en su tiempo de amor y de soledad, y en su circunstancia histórica. En palabras de Aleixandre, una visión de la aventura humana desde la conciencia de la temporalidad y del dolor. Como Antonio Machado, Aleixandre nos dice que la vida es tiempo, y por serlo, es también sufrimiento. El amor no es ya entonces un fulgor paradisiaco o una

llama que destruye, sino un largo esfuerzo doloroso, una compañía a veces difícil pero salvadora a lo largo del tiempo. *Historia del corazón* no es sólo, sin embargo, la historia de una pasión amorosa, con sus vicisitudes y sus circunstancias —dicha, dolor, ruptura...—. Hay también en ese libro una serie de poemas que tienen de común un tema muy de nuestro tiempo: la solidaridad: solidaridad con los demás, con los que trabajan y los que sufren, con el pueblo. En esos poemas, que se agrupan bajo el título de *La mirada extendida*, Aleixandre deja de evocar su propia aventura humana para contemplar la soledad y el dolor de los otros. Y se sume, con un gesto de amor, de fraternidad, a la corriente viva y cálida de los hombres que reclaman una sociedad más justa, como en el espléndido poema "En la plaza". Pero ese tema de la solidaridad no se cierra con *Historia del corazón*, ya que va a convertirse en el tema central de otro de los grandes libros de la segunda etapa de Aleixandre: *En un vasto dominio*, en el que el yo del poeta desaparece por completo de la escena poética, y el protagonista del libro es el vivir humano en su total existir temporal e histórico. Solidaridad, pues, con la criatura humana —seres anónimos de su país—, pero también con su país mismo: su tierra, su historia, sus pueblos, sus grandes figuras del arte y la literatura a través de los siglos.

Pero la obra de Aleixandre no termina ahí. Su capacidad para renovar su pensamiento poético y su expresión, sin dejar por ello de ser fiel a sí mismo, a "su oculto

de un libro surrealista. Los *Poemas de la consumación* constituyen una grave meditación sobre la existencia contemplada desde la altitud de la edad, una visión del mundo desde la vejez. El poeta arroja una honda mirada, desde esa última época de su vida, a los seres, fantasmas y sueños que han poblado su larga existencia. La poesía, que era antes comunicación con la Naturaleza, con la amada o con los otros, es ahora un monólogo solitario, un melancólico y sereno repasar su vida y sus sueños. Su verso se alucina, y lo oímos como un delirar en voz baja, como un lúcido solloquio del poeta, dicho desde la penumbra y la soledad de su gabinete, desde la vida aún, pero ya más cerca del acabamiento final que es la muerte. Libro desolado y trágico, confesión lúcida hecha desde una conciencia abrumadora del fin de la vida, de su degradación, y de que no hay ninguna esperanza tras ella. Sólo la juventud merece ser cantada, nos dice Aleixandre, porque sólo ella es la que vive; "Vivir es ser joven y no más", y en este verso resume el poeta su nueva visión de la existencia.

Siete años después de la aparición de los *Poemas de la consumación*, publica Aleixandre, en 1974, a sus setenta y seis años, su último libro hasta hoy: los *Diálogos del conocimiento*. Libro de técnica distinta y de una complejidad aún mayor. Porque lo que intenta Aleixandre en ese libro es una indagación profunda sobre la realidad del mundo y de la vida desde una visión contrastada que intenta penetrar en esa compleja realidad por todos sus poros y desde ángulos distintos y aun opuestos. Esa contrastación de una realidad tan diversa ha obligado al poeta a utilizar una técnica que es nueva en su poesía: la del poema dialogado en que personajes muy varios —la maja, el lazarillo, el inquisidor, Proust y su personaje Swan, entre otros muchos— dialogan entre ellos o, mejor, yo diría que cruzan sus monólogos y soliloquios, creando una atmósfera misteriosa en que la palabra, a ratos alucinada y a ratos sentenciosa, con frecuencia ambigua como la realidad misma que trata de indagar, parece perseguir un conocimiento a través de lo que el propio Aleixandre ha llamado una visión perspectivista del mundo, cuya pluralidad, para usar un vocablo muy en boga hoy en la actualidad política española, exige también pluralidad de visiones, que reflejen y contrasten los infinitos perfiles y matices de aquella huidiza y diversa realidad.

Una vez más comprobamos que en la obra de Aleixandre se dan la mano unidad y diversidad. Unidad de su visión del mundo, de su cosmovisión, que se apoya en tres ejes centrales: amor, naturaleza y muerte; diversidad de temas y de formas expresivas, de una riqueza tal que un gran crítico, Carlos Bousoño, ha necesitado de un libro entero para analizarlas. A sus setenta y nueve años —una existencia entera consagrada a la poesía— ha logrado Vicente Aleixandre el Premio Nobel de Literatura. Con ello, la Academia sueca ha hecho por fin justicia a uno de los más grandes poetas españoles de nuestro siglo. ■ JOSE LUIS CANO.